

Yabet Valentín Echarry Sequeiros. *El pensamiento educativo de María Zambrano. Una aproximación a sus fundamentos y su aplicación*. Madrid: Sínderesis, 2020. 267 pp. ISBN: 9788418206061. Cloth: €20

Reseñado por JULIA BUTIÑÁ
 Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)
 juliabutinya@gmail.com

El título nos orienta hacia el plano pedagógico, pero hay que tener en cuenta el peso de María Zambrano en Filosofía, aspecto que queda relevado desde el prólogo, de Manuel Suances, que nos sitúa ya ante el valor de la razón poética zambranianiana. De acuerdo con este comentario, a pesar de la atención debida a los capítulos dedicados a la educación, hay que resaltar los relacionados con la antropología, que ocupan la Segunda y Tercera partes (respectivamente, *Epistemología zambranianiana* (pp. 51-134) y *Antropología zambranianiana* (pp. 135-176), que, además, de hecho, suponen la principal extensión del libro. Con todo, es de suponer que desde la especialidad de Ciencias de la Educación resalten especialmente o tengan una utilidad prioritaria las dos últimas partes (*Pensamiento educativo zambranianiano* y *Fenomenología del aula*).

En buena lógica hay una Primera parte dedicada al *Contexto histórico del pensamiento zambranianiano*, donde se sitúa su figura y se perfila dentro de su excepcional entorno y a la sombra de un maestro como Ortega y Gasset.

En el corazón del libro, según lo apuntado, se expone acertadamente el concepto de la razón intuitiva o poética, de acuerdo con el pensamiento de Zambrano. Cabe leer algunos pasajes, como el relativo a la humanización de la sociedad, en contraste con nuestro tiempo (pp. 138-140), puesto que esta perspectiva les otorga un sesgo crítico valioso hacia la actualidad y su primacía economicista (p. 141). En relación con este comentario es punto también de relieve la explicación de la deshumanización de la historia, según la mentalidad de la filósofa andaluza-madrileña.

En los ensayos – y reseñas en cuanto tienen cierta conexión con la ensayística –, es fértil establecer relaciones, más allá de lo que dicen estrictamente sus páginas. Por ello, puede ser positivo hacer una extensión hacia un filósofo medieval, Ramón Llull, en cuanto a la reflexión acerca de que en Occidente el hombre no ha reconocido sus límites (144), punto de vista original cuando la conclusión sobre los defectos actuales se suele centrar en el materialismo. Lógicamente, esa no limitación lleva a la creación de ídolos y al endiosamiento de aspectos como el bienestar. Llull, sin embargo, en la primera gran obra filosófica occidental escrita de la mano de un laico, el *Libro de Contemplación en Dios* – recientemente traducido al español por primera vez en la ed. Palas Atenea – vemos que dedica prácticamente todo el II volumen – centrado en el hombre – al análisis y consiguientemente a la limitación de las potencias humanas. La referencia cobra interés a la luz de la importancia del autor y la escasa repercusión de su filosofía, en especial en

nuestra península, debido a la opresión inquisitorial primero y a la eclesiástica después, puesto que sus obras han estado en el Índice de libros prohibidos hasta el fin de la vigencia de este veto, o sea hasta 1966.

También nos remite este aspecto a otro autor del pasado. Pues es un hecho que la antropología, desde el planteamiento zambrano, no sólo ve al hombre como trascendente (p. 147ss) sino que ella misma se hace una ciencia trascendente, dado que la persona humana se ve obligada a trascender (pp. 154-155). Y en este entorno hallamos pasajes que rememoran a otro gran pensador medieval de la cristiandad anterior al filósofo mallorquín, a san Agustín, quien en un ejercicio de introspección ya se había dado de bruces con los límites del ser humano. Bien dice nuestro libro que, de no ser así, habría que concebir al hombre como un error de la naturaleza, enfoque desde el que se ha estudiado en ciencias naturales; así, se ha efectuado por parte de médicos – y pienso en el fallecido recientemente (2017), Jordi Huguet Sardà, autor de *L'home, un error de la natura?*

Son sobresalientes los pasajes destinados a observar al hombre desde la finalidad humana, que lo aboca a la esperanza. Fin del hombre, planteado ya por Llull también y que llega por vía directa hasta san Ignacio de Loyola, según las investigaciones recientes de Josep M^a Benítez S.I. (al no estar publicadas aún dichos trabajos, sólo puedo remitir a la entrevista de Valentí Gómez en *Ara*, 31.7.21). Y observamos cómo – bien expresado y enlazando con esta idea – María Zambrano capta la dormición del espíritu, adormecido, soñoliento, según cierra el apartado 3.5.3. Al tratarse el hombre de un ser dotado de interioridad: “El error más grave a que la humana condición está sujeta no es equivocarse acerca de las cosas que le rodean, sino equivocarse acerca de sí mismo: trastocar lo que espera o quiere, disfrazarlo o confundirlo (p. 158). Idea en la que se puede oír resonar el primer verso de las coplas de Jorge Manrique, advirtiendo de la peligrosa actitud de tener el alma dormida (o adormida, de acuerdo con la variante que defienden filólogos como Ángel Gómez Moreno).

Capta asimismo acertadamente Zambrano el concepto de persona en el Humanismo, que llevó a la democracia en Grecia (pp. 159-163), y aspecto en el que radica la grandeza del hombre, conduciéndole al planteamiento ético. De todos modos, cabe hacer también aquí una alusión a la modernidad para reconocer que, a fecha de hoy, faltan aún muchos pasos para adquirir una conciencia histórica, puesto que es algo todavía, a gran escala, muy deficitario. Nuestro estudio sitúa acertadamente la capacidad de pensar en el hecho de entrar en la interioridad – introspección que remachamos de orígenes agustinianos –, lo que conlleva derivaciones de gran calado, como las recientemente apuntadas.

Al llegar al pensamiento educativo (Cuarta parte), a pesar de ser el título del libro y no desmerecer en análisis ni valor, por ser un enfoque más concreto y particular, que ya consultarán los especialistas, vamos a variar el esquema de la reseña, restringiéndonos a destacar en concreto algunos puntos esenciales y ciertas ideas que nos han parecido más llamativas. A ello nos da pie la misma proporción del libro, en atención a que

la dedicación a la cuarta parte es inferior en extensión (sin que ello suponga una crítica a su estructura general, que, acertadamente, dedica las páginas anteriores a asentar el fundamento del pensamiento educativo de Zambrano).

Así, el grueso del resto del libro (pp. 201-264) se centra en la *Fenomenología del aula* (Quinta parte y última), concepto y praxis de la educación. Tema que sin embargo no ve mermado el interés general en puntos como *El estudiante* y *El maestro*, considerando sus actitudes y virtudes. Cabe destacar algunos títulos en particular, como el *Educación la piedad*, *Educación el sentido de trascendencia*, *Educación el sentimiento*, o el del último apartado: *Educación la capacidad de hacerse preguntas*.

Como he advertido, voy a recurrir en esta parte a destacar algunas frases sugerentes, enunciadas por el autor a raíz de las reflexiones de María Zambrano: “alcanzar una sociedad pacífica y justa depende de la conciencia histórica y de la conciencia ética, y de poner los medios requeridos para lograrlas (p. 225); “...la libertad no significa la cualidad de decidir sin más, sino la asunción consciente y responsable por parte del hombre de su realidad trascendente. Se es libre en la medida en que se es persona; cuanto más persona, más libertad” (p. 135); “cabe afirmar de la vocación que es, sin lugar a duda, el factor más determinante para la creación de la persona” (p. 241); “Es preciso mirar en profundidad y la piedad induce a ello. No consiste en un postureo, actitud que está detrás de la hoy tan usada expresión de tolerancia, sino de un trato que hunde sus raíces en la comprensión más radical de la dignidad del otro” (p. 247); “El objetivo de toda ética debe ser otorgar al hombre el mejor trato que se desprende de su condición de persona; por tanto, la ética debe fundarse en la piedad, en el amor al prójimo” (p. 249); “Educar en la virtud es esencial porque las virtudes poseen una cualidad excepcional: la fuerza de mover, de arrastrar a otros a hacer lo mismo” (p. 252); “Dos tareas son ineludibles: a) continuar la investigación cada vez más profunda del mundo de la psique, su estructura y sus manifestaciones; b) proponer pautas y planes que permitan incluir dichos saberes dentro del proceso educativo formal” (p. 254).

A mi entender, son suficientemente expresivas de los valores educativos de la pensadora, bien enhebrados en el esquema del libro por su estudioso.

Por último, entendiéndolo que en toda reseña es positivo destacar errores como garantía de sinceridad o de atención a lo reseñado, comentaré que en el Índice falta el enunciado de dos capítulos, así como la correspondiente indicación de esas páginas. Ocurre al final de la Tercera parte, donde se han omitido los apartados 3.6 y 3.7; respectivamente: *Persona, vocación y destino* y *La vocación y sus implicaciones*. No es, de todos modos, un obstáculo de gravedad, pues se puede advertir fácilmente. Y aprovecho para resaltar que contienen puntos de interesante reflexión acerca de la valoración de la vocación y su perfil diferenciador en relación con la profesión.

Siendo el tema (autora y maestro, Zambrano y Ortega) relativamente recientes y conocidos, hemos preferido, a la par que dibujar un hilo explicativo del ensayo, establecer algunas conexiones que pudieran ser útiles desde la actualidad; no con ánimo de

enriquecer el libro, que no lo necesita, ni mucho menos de remedarlo, sino de abrir posibles enlaces en aras de un espectro de interés amplio. A esto hay que añadir que, tanto la autora objeto de estudio, como su maestro, no se encasillan estrictamente en la Filosofía como tampoco este libro en las Ciencias de la Educación, sino que hay que encuadrarlos en el marco generoso de la Filología, que las aglutina como ramas del saber.

En cuanto al libro en sí, para comprobar su consistencia, basta dar un vistazo a los pies de página del trabajo, donde se evidencia cómo su autor, Valentín Echarry, ha asumido y analizado el pensamiento zambraniano en amplitud y con rigor.